

Bolívar Romántico

Federico Sciacca, el célebre filósofo contemporáneo, determina así las notas del Romanticismo en su "Historia de la Filosofía": "Es la edad de los ideales, de los grandes ideales no sólo racionales, sino también históricos, tradicionales, sentimentales; ideales de patria y de libertad política, de arte y de belleza, de la soledad heroica y de la acción temeraria, del bien y de la virtud, que no ignoran el poder del mal, de la capacidad creadora del hombre y de su inutilidad, del amor frenético y de la contemplación de la vida y de la muerte, etc. Los conceptos de "lucha", de "sacrificio", de "misión" ejercen en él una fascinación irresistible; lo llenan todo de altísimo significado moral y religioso. Lo romántico no sabe quedarse en la mitad: es siempre totalitario. Abrazar un ideal significa para él ponerse por entero a su servicio, cumplir una misión absoluta que santifica la lucha y hace bello el sacrificio. Hay en el romanticismo una generosidad heroica, casi una locura generosa y, por consiguiente, un desprecio por lo común y una exaltación de lo excepcional". Digamos que este párrafo no es solo la pintura de aquella época sino que con cada frase suya se modela la vera efigie del Libertador.

Simón Bolívar fue el demiurgo romántico de nuestra emancipación. Si hay un símbolo humano de lo que fue el Romanticismo, el espíritu romántico, es este héroe epónimo que a la sublimidad de su acción, a la generosidad de su pensamiento, a sus visiones de profeta, a su inconmensurable gloria, les puso no solo el tinte sino todo el nervio romántico.

Indómito, díscolo, es desde su niñez un caso de insurgencia. "Irresponsable apareció desde su más tierna edad el niño Simón Bolívar. No podían con él ni la madre, ni el abuelo, ni los tíos, pues obedecía a sus instintos y caprichos, se burlaba de todo, haciendo lo contrario de cuanto se le aconsejaba. Inquieto, voluntarioso, imperativo, audaz, poseía todas las fuerzas del muchacho a quien se le han celebrado sus necesidades, haciéndolo aparecer como cosa nunca vista. Ni se le regañaba y menos se le castigaba por sus numerosas faltas; siendo inaguantable ante su propia familia y extraños" (Dr. Aristides Rojas en "Leyendas Históricas").

El autor de la cita anterior trae pruebas fundadas de lo que afirma, como es el testimonio de la hija del tutor de Bolívar, señor Sáenz, las aseveraciones de O'Leary y excepcionalmente el expediente original de Autos de la Real Audiencia de Caracas en los cuales se da cuenta de la rebeldía del pupilo Bolívar contra su tutor Carlos Palacios y Blanco, tío suyo, y de la oposición física que hizo de trasladarse nuevamente a la casa que se le indicaba.

La personalidad incandescente del mozalbeta fue convertida en llamas por el huracán romántico que por varios caminos sopló sobre ese espíritu predestinado. A través de Simón Rodríguez, el Rousseau americano, se destila toda la educación romántica en el adolescente. Bolívar fue el soñado "Emilio" que esbozó el ideólogo francés. Sano, rico, noble, huérfano, eran condiciones que debía tener el ejemplar de educación romántica. Sano de alma y cuerpo, rico y noble para formarlo, pues el pobre puede llegar a ser hombre por sí mismo; huérfano "para que su preceptor sea el único dueño de su sensibilidad e inteligencia: el padre y la madre lo educarán mal".

"Quiero que Emilio se eduque en el campo, lejos de la vil canalla de sirvientes, que son los hombres más degradados después de sus amos". Cerca de un lustro Rodríguez y Bolívar viven en la hacienda San Mateo aprendiendo éste más de la naturaleza física que de lo que le enseñaba su maestro quien muy poco creía en la ilustración mental y todo lo dejaba al instinto. Bolívar pues creció como lo mandaba el más crudo dogma romántico. La última lección que le da el extraño preceptor es la de conspirador cuando en 1796 Rodríguez quiere proclamar la república. "Yo he de seguir el sendero que Ud. me señaló, le escribía Bolívar a Rodríguez años más tarde en 1824. No puede figurarse Ud. cuán hondamente se han grabado en mi corazón las lecciones que Ud. me ha dado;... siempre presentes a mis ojos intelectuales las he seguido como guías infalibles".

Fuera de esta filiación espiritual tan íntima como definitiva, estaba otro cauce por donde el espíritu libertario romántico llegaba al ser del héroe. El ambiente. Casi un ignorante, Bolívar despierta ante un mundo en ebullición espiritual. No solo son las ideas libertarias que llegan al continente subrepticamente como espléndido contrabando sino el estado anímico de los criollos. "A partir de la segunda mitad del siglo XVIII, el criollo ha visto crecer y prosperar sus haciendas en los verdes valles de nuestra tierra, y no deja de sentirse molesto con el peninsular que le compite en los negocios y cargos apoyado en el poder político. A la conciencia de una clase que se siente con mayores derechos para el gobierno político y usufructo económico de la para entonces nuestra magna riqueza presupuestaria, el venezolano de esos días veía en el liberalismo los principios con los que podía enrostrar a la metrópoli sus derechos y la urgencia de iniciar una reforma de la estructura social. El criollo ya se siente propietario, ciudadano y hombre libre" (Horacio Cárdenas - "Resonancias de la filosofía europea en Venezuela").

Con estas tremendas sugerencias ambientales casaba el temperamento y la formación emiliana de Bolívar sin que orientaciones di-

ferentes corrigieran su visión libérrima del mundo social y político que afloraba ante sus ojos.

Europa luego le afianzará no solo su conformación mental radicalmente romántica —Montesquieu, Voltaire—, sino que es allí donde coloca en su alma las primeras cargas explosivas de sus amores apasionados y múltiples. Teresa, Fanny en lo erótico, Napoleón como encarnación de la gloria en su primer encuentro con el estruendo del soberbio corso, la constitución inglesa, y Roma que le evoca toda la grandeza que leyó en Plutarco y en los clásicos en casa del Marqués de Ustáriz.

Extraña formación la de este hombre incomparable. No obtuvo ningún título que indicara una educación sistemática y académica. La suya más que todo fue obra propia si se excluyen los pocos maestros de primeras letras, a Rodríguez y Andrés Bello, que poco hizo en Bolívar éste último, y el tiempo que estuvo en la Academia Española de San Fernando.

De sus lecturas él mismo nos da testimonio sobre sus autores preferidos: además de Rousseau, Voltaire y Montesquieu, están Locke, Buffon, Condillac, Mably, D'Alambert y Raynal, todo un olimpo radical.

El pensamiento del Libertador, sus ideas, nacieron más de la intuición del genio instigado por el ideal emancipador, por la seducción de la gloria, por el acicate de las necesidades y dificultades, en fin por los estímulos que proporciona la vida, sin que ello quiera decir que de su mente brotaran idearios exentos del lastre romántico. La iniciativa del espíritu bolivariano anduvo siempre dentro de la órbita romántica.

Aun cuando muchas de sus ideas o creaciones aparenten separarse de ella. Porque ocurre que el romanticismo no fue propiamente un sistema ideológico; ni una filosofía orgánica. Era más bien un estado de alma producto de toda la revolución filosófica que arranca desde Newton y Galileo pasando por el idealismo alemán y se madura en el Iluminismo del siglo XVIII.

Una de las grandes características de ese movimiento es la fusión de los contrarios. Al través del anhelo y la intuición de lo perfecto, de lo absoluto, de la naturaleza, de la libertad, de la justicia y la igualdad, de toda la dinámica vital que arranca de lo instintivo y se decanta en un extremo subjetivismo. “Todo lo que tengo de humano —dice Bolívar en carta a su tío Esteban Palacios— se removió ayer en mí; llamo humano lo que está más en la naturaleza, lo que está más cerca de las primitivas impresiones”.

Sonador y generoso, erótico y espléndido, dionisiaco y libérrimo, alternativamente lo aqueja aquel “mal del siglo”, la lasitud mortal de Werther o René: “Ah Rodríguez, prefiero morir!” “Ah Teresa! Esto es el desierto para mi vida... Apenas apunta un capricho cuando ya me esfuerzo en satisfacerle, para que luego se me haga odioso lo que tanto codiciaba... Somos un juguete de la fortuna; esta gran divinidad que guía el universo es la única en quien tengo fe”. “Los placeres me han cautivado, mas no por largo tiempo; la embriaguez ha sido corta, porque lindaba con el hastío”. “Yo no aspiro a las riquezas... la embriaguez... el hastío... Ah! dejadme morir...”. Son los trenos

de este espíritu volcánico en la primera juventud cuyo eco se dilata en la vida del héroe como fondo de este profeta y Quijote doliente. La plenitud de su existencia, qué es sino toda la eclosión de sus fuerzas sentimentales, de sus decisiones instintivas más que racionales, de su acción sublime, de su voluntad indomable y creadora? El juramento sobre el Aventino, el terrible desafío en el terremoto de 1812, el "vencer!" de Pativilca, contrastan con la angustia y el decaimiento. La gloriosa existencia tiene el zigzaguo del relámpago.

Pero regresemos a su pensamiento que es la expresión de su vida y de su obra. Decíamos que el suyo no se apartó de la órbita romántica no obstante su personal modo de ver las cosas y los hechos. En un estilo literario de la más pura extracción romántica donde "la expresión es intuitiva: no pertenece al razonador ordenado y frío sino lleva el calor del sentimiento y más aún, de la adivinación", cincela los grandes papeles del Estado.

La igualdad que proclamó la Revolución Francesa, en Bolívar adquiere fuerza de ley suprema, fuente de las demás. "He conservado intacta la ley de las leyes, la igualdad: sin ella perecen todas las garantías, todos los derechos... Nadie puede romper el santo dogma de la igualdad. Y habrá esclavitud donde reina la igualdad? Tales contradicciones formarían más bien al vituperio de nuestra razón que al de nuestra justicia: seríamos reputados por más dementes que usurpadores" (Al Constituyente de Bolivia, mayo 25-1826).

"Los ciudadanos de Venezuela gozan todos por la Constitución, intérprete de la naturaleza, de una perfecta igualdad política. Cuando esta igualdad no hubiese sido dogma en Atenas, en Francia y en América, deberíamos nosotros consagrarlo para corregir la diferencia que aparentemente existe. Mi opinión es, legisladores, que el principio fundamental de nuestro sistema depende inmediata y exclusivamente de la igualdad establecida y practicada en Venezuela". Y afirma luego que si por el genio, por el temperamento, fuerzas y caracteres, la naturaleza hace a los hombres desiguales, "las leyes corrigen esta diferencia porque colocan al individuo en la sociedad para que la educación, la industria, las artes, los servicios, las virtudes, le den una igualdad ficticia, propiamente llamada política social" (Al Congreso de Angostura, febrero 15-1819).

Ya para Montesquieu la igualdad era una meta de la virtud política junto con el amor a la patria, virtud que es el principio de la república. "El amor a la patria, el amor a las leyes, el amor a los magistrados, son las nobles pasiones que deben absorber exclusivamente el alma de un republicano", dijo también el Libertador en el Mensaje de Angostura.

La libertad era para Bolívar el destino del hombre: "Dios ha destinado el hombre a la libertad: El lo protege para que ejerza la celeste función del albedrío" (Al Constituyente de Bolivia). "... No hay libertad legítima sino cuando esta se dirige a honrar a la humanidad y ha perfeccionado su suerte" (a Guillermo White, mayo 26-1820). "La naturaleza a la verdad, nos dota al nacer del incentivo de la libertad" (Mensaje de Angostura). "No aspiremos a lo imposible, no sea que por elevarnos sobre la región de la libertad, descendamos a la región de

la tiranía. De la libertad absoluta se desciende siempre al poder absoluto y el medio entre estos dos términos es la suprema libertad social" (Mensaje de Angostura). "La libertad civil es la verdadera libertad; las demás son nominales o de poca influencia con respecto a los ciudadanos" (Al Constituyente de Bolivia).

Para Bolívar la libertad no podía ser ilimitada y debía estar atemperada. Por eso pedía justicia porque su ejercicio es el de la libertad, buenas costumbres como columnas de las leyes. "Moral y luces son los polos de una república, moral y luces son nuestras primeras necesidades". "... Trabajo y saber. Estimulando estos dos poderosos resortes de la sociedad, se alcanza lo más difícil entre los hombres: hacerlos honrados y felices". Buscaba el sistema más perfecto de gobierno que para él "es aquel que produce mayor suma de felicidad posible, mayor suma de seguridad social y mayor suma de estabilidad política" y aun cuando no era el despotismo ni la monarquía ni la democracia absoluta, sí lo era la república con un ejecutivo fuerte, un gobierno estable en la unidad y un poder moral. Formalmente Bolívar no fue un demócrata decidido pero sí lo seducía el espíritu de esa forma de gobierno.

"A pesar de tan crueles reflexiones (se refería a las consideraciones que acababa de hacer sobre que solo la prosperidad, el poder, la permanencia son los frutos de la aristocracia y la monarquía) yo me siento arrebatado de gozo por los grandes pasos que ha dado nuestra república al entrar en su noble carrera. Amando lo útil, animada de lo más justo y aspirando a lo más perfecto al separarse Venezuela de la nación española, ha recobrado su independencia, su libertad, su igualdad, su soberanía nacional. Constituyéndose en una república democrática proscribió la monarquía, las distinciones, la nobleza, los fueros, los privilegios: declaró los Derechos del Hombre, la libertad de obrar, de pensar, de hablar y de escribir. Estos actos eminentemente liberales, jamás serán demasiado admirados por la pureza que los ha dictado". Pero la realidad americana era muy otra para Bolívar. "Los acontecimientos de la tierra firme nos han probado que las instituciones perfectamente representativas no son adecuadas a nuestro carácter, costumbres y luces actuales... En tanto que nuestros compatriotas no adquieran los talentos y las virtudes políticas que distinguen a nuestros hermanos del Norte, los sistemas enteramente populares, lejos de sernos favorables, temo mucho que vengan a nuestra ruina".

"Aunque aspiro a la perfección del gobierno de mi patria, no puedo persuadirme que el Nuevo Mundo sea por el momento regido por una gran república". Ideó pues un sistema de gobierno que respetando la libertad y el espíritu republicano contuviera sus exageraciones. Hablando del senado hereditario que anhelaba en sus ideas de constitucionalista decía que el oficio de esa cámara "es temperar la democracia absoluta, es mezclar la forma de un gobierno absoluto con una institución moderada, porque ya es un principio recibido en política que tan tirano es el gobierno democrático absoluto como un déspota; así solo un gobierno temperado puede ser libre".

"Meditando sobre el modo efectivo de regenerar el carácter y las costumbres que la tiranía y la guerra nos han dado, me he sentido la audacia de inventar un Poder Moral, sacado del fondo de la obscu-

ra antigüedad y de aquellas olvidadas leyes que mantuvieron, algún tiempo, la virtud entre griegos y romanos”.

Repunta aquí el influjo del autor del *Espíritu de las Leyes*. Según Montesquieu la libertad no es inherente por naturaleza a ningún tipo de gobierno, ni siquiera a la democracia, es propia solo de gobiernos moderados. “Es menester que por la misma disposición de las cosas el poder contenga al poder”.

El célebre proyecto de Constitución para Bolivia que es el resumen de las ideas políticas del Padre, muy lejos está de la democracia absoluta, con un presidente vitalicio, y un poder moral vitalicio recuerdo del monarca y de la aristocracia. Sin embargo nada más romántico por su idealismo, por la tradición que imitaba y quería establecer, por la altísima misión que se les confiaba, casi que absoluta por ser sueño quimérico. “Constituyamos —decía Bolívar hablando del poder moral o cámara de censores— este aerópago para que vele sobre la educación de los niños, sobre la instrucción nacional, para que purifique lo que se haya corrompido en la república; que acuse la ingratitude, el egoísmo, la frialdad del amor a la patria, el ocio, la negligencia de los ciudadanos; que juzgue de los principios de corrupción, de los ejemplos perniciosos, debiendo corregir las costumbres con penas morales, como las leyes castigan los delitos con penas aflictivas, y no solamente lo que choca contra ellas, sino lo que las burla; no solamente lo que viola la constitución sino lo que viola el respeto público”.

La empresa de hallarle al pensamiento bolivariano sus fuentes románticas demanda un vasto y profundo estudio. Apenas me he limitado a señalar algo de lo más notorio y fundamental.

Lo extraordinario en el pensamiento libertador es que moviéndose no obstante dentro del amplísimo ámbito del Romanticismo, muchas, sino la gran mayoría de sus consideraciones y principios tengan cabal vigencia y precediendo del brillante caos de aquella época coincida con el ideario cristiano, más concretamente escolástico. No hay que olvidar que el Romanticismo no fue, en términos generales, ateo. Los valores cristianos fueron exaltados en él no obstante las desfiguraciones que sufrieron al golpe de los vientos innovadores de los siglos XVIII y XIX. La libertad, la igualdad, la fraternidad, son esencialmente normas evangélicas.

Todo en el pensamiento del Libertador es alto, ideal, absoluto: la libertad, la igualdad, la fraternidad de los pueblos, que él avizó, la justicia, la moral, la razón, el equilibrio de las fuerzas sociales, la grandeza del destino emancipador cuya “contienda por su esencia, es la más justa y por sus resultados la más bella e importante de cuantas se han suscitado en los siglos antiguos y modernos”; en esas vertientes ideales se mueve su mente, sin que las terribles y dolorosas alternativas de su obra gigantesca destruyan esas nobles nociones, ni los menesteres triviales las empañen. Cuando los documentos políticos estudian los hechos sociales, las necesidades de los pueblos, siempre están iluminados, purificados por aquellos principios. Allí no hay frías tesis económicas, ni secos ordenamientos administrativos, ni crudas normas prácticas. El héroe no es un técnico de realidades tangibles sino un coloso que trata de crear un mundo venciendo y oponiéndose a la naturaleza. Si como

Alfonso García Isaza

guerrero fue práctico genial, como político fue idealista consumado. Dinámico con la espada, estático, contemplativo de esferas supremas con la pluma del legislador, esta tremenda dicotomía constituyó al fin su gran tragedia. Y he aquí como ese final de su existencia, los últimos años de su asombroso paso humano, no son más que una íntima desolación, una gemebunda actitud ante el porvenir, una infinita congoja por la traición, la incomprensión de sus altas ambiciones, de la inutilidad de su lucha.

El sacrificio incruento de este mártir de la emancipación que lo constituye en el más alto símbolo de héroe americano es también la inmolación romántica de este excepcional ejemplar humano, conturbadoramente humano.